



*Rosa Chacel.*

elaboración». Otrosí, en la misma jornada «sin los detalles no se comprenden enteramente las cosas». Cuando trata de «las cosas», Rosa Chacel, ejemplarmente, no las «cosifica» (lo que supone en los demás, los adventicios, una visión falseada, de burda servidumbre), sino que las «subjetiviza», con inalterable propósito artístico.

La suerte de sus libros, entonces, revés ahora ampliamente superado, cobran fecha y altiva espera —talante que no interrumpe su trabajo, asombroso por su lucidez—, que anhela los entendimientos de aquellos dilectos, tipificados por su solvencia. Es una de las constantes de sus residencias en Brasil, Buenos Aires, Nueva York (beca Guggenheim), de paso por Montevideo, amén de irregulares contactos e incursiones por España y respecto a ciertos hispanos territoriales, permanecidos, que desembocarán en su madrileño vivir arraigado. Sus recientes textos, de cualquier índole, corroboran estas palabras donde se aúnan temple y programa vital y literario: «así como afronto la vejez física con más valor de lo que es común en las mujeres, no quiero admitir el menor asomo de vejez intelectual, y creo que es más seguro no afectar modernidad, conservarse en forma, tal como se fue siempre...».

En Rosa Chacel el quehacer literario y vital es un camino de perfección, con todos los desniveles de trazado y pavimento que tal empeño impone. «Y tengo que apuntar los innumerables temas para lograr una estructura perfecta». Lectura ésta, mía, hoy, que no sólo es cohonestable con otras, con las demás, sino que por mi parte, en un recodo del tiempo, se basaría en distinto enfoque, en aprehensiones de mayor habilitación, ya que *Alcancía* es obra densa y sugerente. Y resulta curioso confirmar así la tónica de rigor y que la duda sirva, en exclusiva, como pauta de afirmación: «claro que estoy completamente segura de poder hacer mucho más de los que más hagan. Y sin embargo...».

Las dos caras de la medalla abastecen la demanda de un público común, dentro de la imprescindible exigencia cualitativa, por la vivacidad de estas comunicaciones, tan adheridas a la sucesión de lo diario —y no sólo por el título!—. Importan singularmente al relieves un proceso y acusar genio y figura a sus compañeros en letras cualquier proporción guardada. Verbigracia: el ansia que alguna vez sobrenada ante la captación de una belleza, de «eternizar». El riesgo de lo excesivamente bonito...

A la rebeldía frente a lo que llama «confinamiento», agrega, de tarde en tarde, una exclamación briosamente desesperada: «Dios mío, ¿qué hago yo aquí, separada de mis semejantes? ¿Por qué no se me ha dado una vez en la vida la ocasión de poder hablar hasta hartarme con las gentes que están en las avanzadas del pensamiento? No sé por qué, pero el caso es que no se me ha dado ni creo que llegue a dárseme jamás».

En relación con la mayúscula aventura de ser y crear, las presencias de amistades y colegas, «dentro de un orden», claro, suelen ser, en esta urdimbre existencial, un tanto episódicas, transitivas, hasta en su recurrencia. En el supuesto óptimo, esposo e hijo, que significan constante inquietud y preocupación, quedan supeditados a un tenso afán de expresión, en una tenaz búsqueda de sí misma, a través de la escritura «justa», «ajustada», y de contenidos que se distinguen por su especial naturaleza.

Pasajes y situaciones mentales que Rosa Chacel «fija» —inolvidables son sus meditaciones, ¿carne de ensayo?—, en torno al cristianismo y una presunta descalificación a monologar, de manera vicaria, acerca de la verdad humana, casi ontológica

calificaría: «el hombre que por ser auténtico se entiende a sí mismo, entiende también *al otro y a lo otro*».

Se injertan en estas confesiones, no pocas veces enteramente particulares, animados e incitadores diálogos de Rosa Chacel con ilustres pensadores y autorizados maestros que propician, y no sólo implican, fructuosas advertencias. En la línea mantenida de una aportación iniciática de Ortega y Gasset, lo que más destaca es su capacidad de proposición, de contrastar, de asentir por voluntad táctica, en virtud de inspirada discrepancia. Entre otros temas, citaría el asedio de Rosa Chacel al fenómeno, en sus hondones nada baladí, de la oración.

En las esbozadas comarcas intelectuales de Rosa Chacel, se advierten el hecho y la cuestión de su mismidad, de resonancia palmaria y que modela el claroscuro de su comportamiento y que podría aplicarse a personalidades de su rango: «como yo sé quién soy, la única opinión que me importa es la que pueda juzgarme sabiéndolo tan bien como yo misma. Tal vez (una ligera dosis de ambigüedad, me permito comentar), me interese poco la opinión ajena porque a lo largo de la vida he comprobado que a todos les resulta difícil saber quién soy. Los detractores —que son los que menos me interesan—, no opinan sobre mí, me combaten con el silencio, y los adoradores ¡no dan una en el clavo!». ¿Reto a la pereza mental, fecunda contradicción, u objeción, de estirpe unamuniana?

En *Vuelta* la tesitura y dictamen sobre lo español, en torno a los españoles, coleando o difuntos, acerca de España, constituyen una de las conformaciones más definitorias de Rosa Chacel (conceptismo vertiginoso, emparejable al de Sor Juana Inés de la Cruz, que pertenece al mundo hispánico). Ambas propugnan la armonía como una impulsión, a más de insoslayable, apetecible. «También he leído los *Diálogos en el Limbo* de Santayana, y también la españolidad aparece allí en forma de cosa rara, algo así como una incomodidad o rigidez, muy diferente a la rigidez del puritanismo: ésta es adoptada o congénita, y él no la nota y cree que se mueve a su gusto». «El borriquillo va a la fuente, lleva la carga y no la siente». La visión crítica cobra, y no sólo en esta coyuntura, penetraciones de punzón.

Y al sesgo escribe: «Qué extraño caso el de Buñuel, qué mezcla de talento y de trivialidad». Y a resultas de un sueño, resuelve que ha tropezado con «otro género de ridiculez, que prefiero dejar para la *quijotización*» (El subrayado es mío, pues no señala un acusado rasgo de la conducta y escritura de Rosa Chacel: confío en que esta veta y vena atraigan autorizadas interpretaciones). Quijotización, ¿no puede estimarse como una trayectoria de sublimaciones —y condicionamientos— idealistas?

El reencuentro con España, en Madrid por lo pronto, facilitado por una beca de la Fundación March, no se nos muestra cual etapa de obra, como contemplación y examen, en tanto que puridad del regreso, sino con vario detalle (lo asocio con *La gallina ciega*, de Max Aub, que cubre, erizada, las reacciones del transitivo retorno y que exigiría lugar autónomo), sino el vario rastro de las reacciones personales de índole literario-social. La escritora continúa su tarea específica, en ocasiones subyacente a la cotidianeidad, de fabulaciones y reflexión. Se perciben los efectos benéficos del contacto real con sus fieles amigos y entusiastas admiradores. Su juicio marginador del exilio, en públicas ocasiones expuesto, la absolutamente prioritaria dedicación